

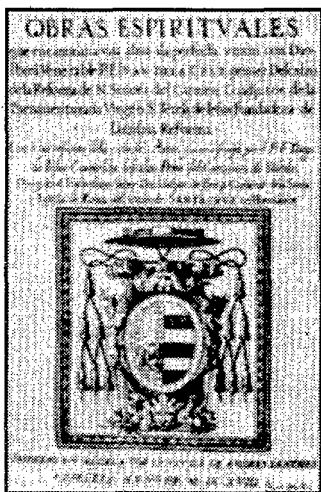
San Juan de la Cruz, cuatrocientos años de «una llama de amor viva»

El 14 de diciembre se cumple el IV Centenario de la muerte de **San Juan de la Cruz**, acontecida en Úbeda (Jaén) en la medianoche de la misma fecha de 1591. Quien allí acababa de expirar había sido contemporáneo de Miguel Ángel, El Greco, Rabelais, Galileo, Ribera... Había vivido en una época que, en la historia de España, abarca tres reinados: final del de Carlos IV, íntegramente el de Felipe II y principio del de Felipe III. Tras 49 años de existencia —había nacido un 24 de junio de 1542 en el seno de una familia humilde, en la localidad abulense de Fontiveros—, después de haber sido encarcelado en dos ocasiones —con una rocambolesca huida incluida—, de sufrir atroz persecución por parte de los que se oponían a sus ideas reformadoras y tras una lenta y dolorosa agonía, el místico castellano comenzó a vivir de otra manera: «Ya soy una migaja en manos de Dios» había dicho antes de su postrer aliento.

Además de haber sido acosado por muchos de sus contemporáneos, la riqueza de la poesía de Juan de Yepes y Álvarez —tal era su nombre de pila— tampoco fue reconocida hasta muchos años después de su muerte y tuvo que transcurrir mucho tiempo antes de que comenzase a ser leído como un verdadero poeta y de que se reconociera el valor artístico de su obra. Una obra que, por supuesto, no fue publicada en vida, y que empezó a escribir cuando se sintió plenamente preparado para una actividad que consideraba delicada y dificultosa. Se cree que comenzó a trabajar en su producción literaria en 1578 —con 36 años— y que la da por concluida en su aspecto creativo ocho años más tarde.

El que fuera nombrado en 1952 patrono de los poetas españoles ha logrado, sin proponérselo, que, al cabo de cuatro siglos, no sólo se recuerde la efemérides de su fallecimiento, sino que, después de tanto tiempo, su figura y su obra sigan resultando tremendamente atrayentes para un gran número de lectores e intelectuales de todo el mundo.

Congresos, recitales de música, exposición de pintura de la época, así como un aluvión de nuevas publicaciones sobre su obra y vida están marcando el año de la conmemoración de este su cuarto centenario.



Los más de 300 especialistas que participaron en el congreso sanjuanista que tuvo lugar en Ávila, desde el 23 al 28 del pasado mes de octubre, organizado por la Junta de Castilla-León, constituyen una muestra evidente del interés que aún hoy en día suscita el autor de «Llama de amor viva» y «Noche oscura del alma», no sólo en España y en naciones de habla castellana, sino también en países como Portugal, Francia, Holanda,

GONZALO TRASBACH y PILI VÁZQUEZ

Bélgica, Luxemburgo, Irlanda, Italia, Alemania, Hungría, Polonia, USA, India, Corea, China y Egipto, de los cuales procedían una buena parte de los congresistas reunidos en la capital abulense.

La UNED y el Ayuntamiento de Úbeda, localidad donde falleció, organizaron, del 5 al 8 de diciembre, otro congreso, así como viajes para conocer los lugares que el carmelita frecuentó durante su estancia en Jaén.

También con motivo de la efemérides, se ha registrado un notable incremento de publicaciones relacionadas directa o indirectamente con San Juan.

La Junta de Andalucía ha puesto su granito de arena subvencionando una edición facsimilar, rigurosa y austera de un manuscrito del carmelita: el conservado en el Convento de las Descalzas de Sanlúcar de Barrameda, en Cádiz. Ediciones Catedra ha publicado «Aproximación a San Juan de la Cruz. Las letras del verso», de Domingo Ynduráin. Y ediciones Espasa-Calpe ha puesto a la venta «Juan de la Cruz. Memoria de alto vuelo (1591-1991)», de Manuel Muñoz Hidalgo. El Círculo de Lectores acaba de publicar «Ilustraciones y otros textos», con dibujos del pintor Antonio Saura y prólogo de José Luis López Aranguren. La revista de letras y ciencias humanas «Insula» dedicó, el pasado mes, un monográfico extraordinario al lírico del siglo XVI.

APORTACIÓN GALLEGA. Aunque no existe constancia de que en Galicia vaya a celebrarse evento alguno con respecto al IV centenario de la muerte de san Juan, en el congreso de Ávila sí hubo presencia gallega: José García Oro, de la Universidad de Santiago, y el ensayista



San Juan, la poesía como «lengua de los pájaros», según Valente

y poeta José Ángel Valente.

Un denominador común caracterizó a las tesis expuestas en el congreso de la citada capital castellana: sentar las bases para ofrecer un punto de vista del tópico sobre la obra del creador de «Cántico espiritual».

Aunque situada en el mismo marco, la apuesta de José Ángel Valente fue más allá, si cabe. El orensano cerró la sección de filología con una conferencia titulada «Escatología y gloria de la carne», incluida en su obra «Variaciones sobre el pájaro y la red», recientemente publicada por Tusquets.

Sabido es que Valente descrea de conmemoraciones y efemérides. Sin embargo, y tal vez por la poderosa presencia que san Juan tiene en sus últimos trabajos, el autor de «Material memoria» y «El lugar del Dios» hizo esta concesión. En la ciudad abulense vertió «radicales» comentarios sobre la poe-

sía del místico castellano, alejados de la órbita del discurso académico, arrancándola de la estricta tradición española para resituirla en el ámbito de la mística universal, consiguiendo emplazarla en el discurso de la recuperación del ser.

Al hilo de esa exégesis el escritor gallego sugirió aportaciones fundamentales: la lectura del «Cántico» como poema del deseo infinito; la superación por parte de san Juan de la dicotomía platónica cuerpo/alma por la fusión eros (deseo) y ágape (amor); y la palabra poética como manifestación de lo que no puede ser dicho de otro modo. Lenguaje el de la poesía y la mística, entendido como «lengua de los pájaros», la lengua sagrada por excelencia y que enlaza con la tradición órfica de occidente, pero también con el «pájaro solitario» que ensimismó a San Juan de la Cruz.

La triunfal representación de las «Comedias Bárbaras» en París

JULIO ANDRADE MALDE

Cuando se iluminó la escena del Teatro de la Colina y la inconfundible melodía de una alborada gallega inundó la sala, muchos espectadores sintieron la emoción y el orgullo de la presencia viva de Galicia en París. El día 22 de noviembre tenía lugar la primera de las dos funciones de las «Comedias Bárbaras» de Valle-Inclán, patrocinadas por la Cámara de Comercio de España. Llenaba el teatro un público mayoritariamente español, con eminentes representaciones: la Infanta Doña Cristina, el Embajador de España, altos funcionarios y relevantes personalidades.

Gran señora de la escena, nuestra ciudadana María Casares encabezaba un reparto excepcional que, magistralmente dirigido por el argentino Jorge Lavelli, ha mostrado, ante el asombro del público y de la crítica parisina, la fuerza irresistible de uno de los más grandes escritores del siglo XX, nuestro Don Ramón del Valle-Inclán.

María Casares confirió a la esposa de «Don Juan Manuel Montenegro» toda la ternura y la señorial mansedumbre que encierra un personaje difícil por los innumerables matices y mutaciones de ánimo que precisa. Con ella, otros dos actores geniales: Denise Gence, que dio vida a «Micaela la Roja», con una profunda comprensión del personaje, al que prestó inteligentes recursos vocales y de movimiento corporal; y Michel Aumont, que midió acertadamente el «Don

Juan Manuel», prestándole un acertado empaque caballeresco.

Espléndido de fuerza y de carácter el «Fuso Negro», de Emiliano Suárez, en un personaje demoníaco y demente que expresa toda la vena anarquista del propio Don Ramón; lástima que, como él mismo nos decía, nadie le hubiese explicado el significado y el modo de pronunciar su repetida onomatopeya gallega, «Touporroutou» que, a la francesa, da un débil «Tupurrutú», sin sentido alguno. Excelente el «Don Galán», de Maurice Chéret, que también posee una onomatopeya característica («Ju,ju»), que él trató de matizar de diversos modos aunque seguramente nadie le aclaró que se trataba de un típico «aturuxo». Muy notable, el «Don Farruquino», de Luc-Antoine Diquéro, al que sobran algunos excesos en las escenas del cementerio y de la cocción del cadáver desenterrado. Magnífico el «Abad de Lantañón», de Jean-Claude Jay, salvando cierta tendencia a «esperpentizar» el personaje. Isabel Karajan hizo una «Sabel» alucinada y vio-

lenta, bastante lejana de la dulce y atribulada amante del Mayorazgo. Jean-Quentin Chatelain trajo con acierto el genio alegre, inconsciente y tomadizo de «Don Miguelito», aunque con una irrefrenable proclividad a excederse en el grito.

Apoyándose en la excelente versión francesa de Armando Llamas, Lavelli ha planteado una escena inteligente e inteligible mediante un ingenioso juego de trampillas que permiten crear «un gran espacio desnudo», apto para el desarrollo de un movimiento ágil e incluso violento, e identificar determinadas situaciones o sugerir espacios interiores, haciendo surgir o escamoteando sobre las tablas ciertos elementos de gran sobrie-

dad (un lecho, para las escenas en la habitación de «Don Juan Manuel» o en la casa de la «Pichona»; un altar, para la situación dentro de la capilla del pazo, etc.) Hay momentos brillantes, tales como el enfrentamiento de los dos grandes poderes —nobleza y clero— ante un pueblo que es mero espectador; o el cortejo de la «Santa Compañía» y el aquelarre subsiguiente. En otros casos, las situaciones se indican mediante elementos muy simples, de asombrosa expresividad: la barca en medio de la tormenta, representada por una maroma que

tensan alternativamente sus ocupantes; o el puente sobre el que se bautiza al nonato en el vientre de su madre, evocado mediante dos cuerdas tirantes que cruzan la escena.

Apenas empuñan esta gran «mise en scène» ciertas situaciones en que se tiende a sobrepasar al mismo Valle en la violencia o en el horror.

Así, cuando «Don Juan Manuel» arrebató el cáliz al «Abad de Lantañón», la apertura del vaso sagrado y el arrojar la Sagrada Forma al suelo —que no está en la obra— nada aportan al ya consumado sacrilegio y hieren inútilmente la sensibilidad de algunos espectadores. Sobran igualmente los añadidos de macabra comicidad en las escenas del cementerio y del cocimiento del cadáver que poseen suficiente fuerza en sí mismas, como el pretendido realismo en la violación de «Liberata la blanca» por «Don Pedrito»; y sería más sencillo y eficaz no otorgar corporeidad al Niño Jesús en el sueño de «Dona María».

La música incidental que ha compuesto Bemaola, sin base gallega ni especial brillantez, parece producto de un encargo que se despacha con oficio y sin interés. Y sin embargo, qué oportunidades otorga el texto: las escenas de la procesión de difuntos y de las «meigas», los grandes momentos colectivos, tan adecuados para un hondo tratamiento coral... Naturalmente, queda el irresistible atractivo de nuestra música en algunas coplas populares como el «Vexo Vigo, vexo Cangas» y en la alborada del comienzo.

Las «Comedias Bárbaras» de Lavelli se han representado ya en Avignon y en Barcelona, están actualmente en cartel en París hasta finales de enero —cuatro meses, cuarenta y siete funciones dobles— y se darán también en Montpellier, Clermont Ferrand e Italia.

